

Dice mi Guardián que el mundo exterior es inhóspito y peligroso. Que no me gustaría. No me queda más remedio que confiar en su palabra porque nunca he estado ahí fuera. Según él, nuestro pequeño refugio es el único lugar donde puede mantenerme a salvo.

Las guaridas anteriores eran diferentes a esta —las únicas que creía que existían—. Las paredes se extendían sin resquicios hasta el techo, sin huecos, sin relieves. Sin embargo, en el nuevo refugio hay una claraboya en lo alto.

Ese pequeño agujero de cristal me resulta de lo más interesante. Cada día espero que la luz se cuele a través de él. Es diferente a la que conozco; tiene vida propia, se mueve con el transcurso de las horas sin que yo pueda intervenir en el proceso. Llevo semanas observándola, igual que el color azul tras el cristal. Es bonito. A veces desaparece bajo una capa gris; otras, se muestra manchado de pinceladas blancas deshechas que se desplazan sin descanso.

Hoy se ha posado en el cristal un pequeño animal. Mi Guardián me explica que se llama pájaro. Esa diminuta criatura me hace pensar en el exterior. Tiene unas patitas endebles, muy finas y temblorosas. Si el animalillo puede sustentarse ahí fuera con ellas, ¿no sería yo capaz de hacerlo también? Las mías son fuertes y robustas.

Cuando cae la noche y se desvanece la luz, sueño. Al contrario que de costumbre, no veo a mi Guardián en la fantasía; solo a mí misma, de puntillas, intentando abrir la claraboya.

El pajarillo vuelve a visitarme al día siguiente cuando estoy sola. Lo contemplo y me pregunto si llegaría a tocarlo abriendo el ventanuco.

La pequeña criatura huye antes de que pueda alcanzarla y es la brisa fresca la que acaricia mi mejilla.